

## BIOGRAFÍA

TITO LUCRECIO CARO (C. 99 A. C.-C. 55 A. C.)



Poeta latino. Aunque se tienen pocos datos de su vida, se sabe que Lucrecio pertenecía a una familia aristocrática y que murió en torno a los cuarenta años, al parecer por suicidio. Lucrecio fue autor de uno de los poemas didácticos más valorados de la tradición latina, titulado Sobre la naturaleza de las cosas (*De rerum natura*). La obra recoge y vulgariza en gran medida la doctrina materialista de Epicuro, según la cual el mundo está constituido por átomos, elementos indivisibles que, por ser extremadamente tenues, escapan a nuestros sentidos y cuyo número es infinito. El hombre es mortal, y su felicidad depende de aceptar este hecho y de perder el miedo a los dioses.

Aunque el estoicismo tuvo mayor repercusión en Roma que el epicureísmo, los contemporáneos de Lucrecio conocían bien el poema, lo que indica la amplia divulgación de esta obra, que sería rescatada durante el Renacimiento.

Tomado de: <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/l/Lucrecio.htm>

## DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

### I

Pero nada hay más grato que ser dueño  
De los templos excelsos, guarnecidos  
Por el saber tranquilo de los sabios,  
Desde do puedas distinguir a otros  
Y ver cómo confusos se extravían  
Y buscan el camino de la vida.  
Vagabundos, debaten por nobleza,  
Se disputan la palma del ingenio,  
Y de noche y de día no sosiegan  
Por oro amontonar y ser tiranos.  
¡Oh míseros humanos pensamientos!  
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas  
Y a qué peligros exponéis la vida  
¡Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura  
No oís el grito de naturaleza,  
Que alejando del cuerpo los dolores,  
De grata sensación el alma cerca,  
¿Librándola de miedo y de cuidado?

### II

Los sitios retirados del Pierio  
Recorro, por ninguna planta hollados;  
Me es gustoso llegar a íntegras fuentes,

Y agotarlas del todo; y me da gusto,  
Cortando nuevas flores, rodearme  
Las sienes con guirnaldas brilladoras,  
Con que no hayan ceñido la cabeza  
De vate alguno las divinas musas:  
Primero porque enseñe cosas grandes  
Y trato de romper los fuertes nudos  
De la superstición agobiadora;  
Después, porque tratando las materias  
De suyo obscuras con pieria gracia,  
Hago versos tan claros: ni me aparto  
De la razón en esto, a la manera  
Que cuando intenta el médico a los niños  
Dar el ajénjo ingrato, se prepara  
Untándoles los bordes de la copa  
Con dulce y pura miel, para que pasen  
Sus inocentes labios engañados  
El amargo brebaje del ajénjo,  
Y la salud les torne a questo engaño  
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;  
Así yo ahora, pareciendo austera  
Y nueva y repugnante esta doctrina  
Al común de los hombres, exponerte  
Quise nuestro sistema con canciones  
Suaves de las Musas, y endulzarle  
Con el rico sabor de poesía:  
¡Si por fortuna sujetar pudiera

Tu alma de este modo con enlabios  
Armónicos, en tanto que penetras  
El misterio profundo de las cosas  
¡Y en tal estudio el ánimo engrandeces!

### III

Pues la naturaleza de los dioses  
Debe gozar por sí con paz profunda  
De la inmortalidad; muy apartados  
De los tumultos de la vida humana,  
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos  
Por sí mismos, en nada dependientes  
De nosotros; ni acciones virtuosas  
Ni el enojo y la cólera les mueven.

### IV

Si de repente, en fin, la voz alzara  
Naturaleza, y estas reprensiones  
A cualquier de nosotros dirigiera;  
«¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?  
¿Por qué te das a llanto desmedido?  
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?  
Si la pasada vida te fue grata,  
Si como en vaso agujereado y roto  
No fueron derramados tus placeres,  
E ingrata pereció tu vida entera,  
¿Por qué no te retiras de la vida

Cual de la mesa el convidado, ahíto;  
¡Oh necio! ¿y tomas el seguro puerto  
Con ánimo tranquilo? Si, al contrario,  
Has dejado escapar todos los bienes  
Que se te han ofrecido, y si la vida  
Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas  
Multiplicar los infelices días  
Que en igual displacer serán pasados?  
¿Por qué no pones término a tus penas  
Y a tu vida más bien? Pues yo no puedo  
Inventar nuevos modos de deleite  
Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco  
Unos mismos placeres: si tu cuerpo  
No se halla aún marchito con los años  
Ni tus ajados miembros se consumen,  
Verás, no obstante, los objetos mismos,  
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante  
De los futuros siglos, y aunque nunca  
A tu vida la muerte sujetare».

¿Qué responder a la naturaleza,  
Si no que es justo el pleito que nos pone  
Y es clara la verdad de sus palabras?  
Mas si sumido alguno en la miseria  
Al pie de su sepulcro se lamenta,  
¿No será su clamor mucho más justo  
Y nos reprenderá con voz robusta?

«Vete de aquí, insensato, con tus llantos;

No me importunes más con tus quejidos»:
A este otro, empero, que los años rinden,
Que en sus últimos días aún se queja:
«¡Insaciable, dirá, tú, que has gozado
De todos los placeres de la vida,
Aún te arrastras en ella! Consumido
En los deseos del placer ausente,
Despreciaste el actual, y así tu vida,
Se deslizó imperfecta y disgustada,
Y sin pensarlo se paró la muerte
En tu misma cabeza, antes que lleno
Y satisfecho de la vida puedas
Retirarte: la hora es ya llegada:
Deja tú mis presentes; no son propios
De la edad tuya: deja resignado
Que gocen otros, como es ley forzosa.»

Con razón, a mi ver, reprendería,
Y con razón se lo echaría en cara,
Porque a la juventud el puesto cede
La vejez ahuyentada, y es preciso
Que unos seres con otros se reparen:
Ninguna cosa cae en el abismo
Ni en el Tártaro negro: es necesario
Que esta generación propague otra;
Muy pronto pasarán amontonados,
Y en pos de ti caminarán: los seres
Desaparecerán ahora existentes,

Como aquéllos que hubiesen precedido.  
Siempre nacen los seres unos de otros,  
Y a nadie en propiedad se da la vida;  
El uso de ella es concede a todos.

## V

Agrega a los tormentos que padecen  
Sus fuerzas agotadas y perdidas,  
Una vida pasada en servidumbre,  
La hacienda destruida, muchas deudas,  
Abandonadas las obligaciones,  
Y vacilante la opinión perdida:  
Perfumes y calzado primoroso  
De Scion que sus plantas hermosea;  
Y en el oro se engastan esmeraldas  
Mayores y de verde más subido,  
Y se usan en continuos ejercicios  
De la Venus las telas exquisitas,  
Que en su sudor se quedan empapadas;  
Y el caudal bien ganado por sus padres  
En cintas y en adornos es gastado:  
Lo emplean otras veces en vestidos  
De Malta y de Scio: le disipan  
En menaje, en convites, en excesos,  
En juegos, en perfumes, en coronas,  
En las guirnaldas, pero inútilmente;  
Porque en el manantial de los placeres

Una cierta amargura sobresalta,  
Que molesta y angustia entonces mismo;  
Bien porque acaso arguye la conciencia  
De una vida holgazana y desidiosa  
Pasada en ramerías; o bien sea  
Que una palabra equívoca tirada  
Por el objeto amado, como flecha,  
Traspasa el corazón apasionado  
Y toma en él fomento como fuego;  
O bien celoso observa en sus miradas  
Distracción hacia él mirando a otro,  
O ve en su cara risa mofadora.

**Tomado de:** [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/de-la-naturaleza-de-las-cosas-poema-en-seis-cantos--0/html/ff0be64e-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_3.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/de-la-naturaleza-de-las-cosas-poema-en-seis-cantos--0/html/ff0be64e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html)